

ejecutiva, porque pasada ésta se reconoce cualquier mal, según es, y entónces nos incomoda amargamente.

Tal me sucedió cuando sentado á la orilla de una zanja, apoyado mi brazo izquierdo sobre una rodilla, teniéndome con la misma mano la cabeza y con la derecha rascando la tierra con un palito, consideraba mi triste situación. ¿Qué haré yo ahora? me preguntaba á mí mismo. Es harto infeliz el estado presente en que me hallo. Solo, casi desnudo, roto de cabeza, muerto de hambre, sin abrigo ni conocimiento, y después de todo con un enemigo tan poderoso como Chanfaina, que se desvelará por saber de mí para tomar venganza de mi infidelidad y de la de Luisa, ¿á dónde iré? ¿Dónde me quedará esta noche? ¿Quién se ha de doler de mí, ni quien me hospedará, si mi pelaje es demasiado sospechoso? Quedarme aquí no puede ser, porque me echarán los guardas de la Alameda: andar toda la noche en la calle es arrojo, porque me espongo á que me encuentre en la calle una ronda y me despache más presto á poder de Chanfaina: irme á dormir á un cementerio retirado como el de San Cosme, será lo más seguro..... pero ¿y los muertos y las fantasmas, son acaso poco respetables y temibles? Ni por un pienso. ¿Qué haré, pues, y que comeré esta noche?

Embebecido estaba en tan melancólicos pensamientos sin poder dar con el hilo que me sacara de tan confuso laberinto, cuando Dios, que no desampara á los mismos que le ofenden, hizo que pasara junto á mí un venerable viejo, que con un muchacho se entretenía en sacar sanguijuelas con un *chiquihuite* en aquellas zanjitas; y estando en esta diligencia me saludó, y yo le respondí cortesmente.

El viejo, al oír mi voz, me miró con atención, y después de haberse detenido un momento, salta la zanja, me echa los brazos al cuello, con la mayor expresión, y me dice: ¡Pedrito de mi alma!

CAPITULO XI

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero: el motivo porque se salió de su casa: su acomodo en una botica, y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas.

BS increíble el terreno que avanza un cobarde en la carrera. Cuando sucedió el lance que acabo de referir eran las doce en punto, y mi amo vivía en la calle de las Ratas; pues corrí tan de buena gana, que fuí á esperar el cuarto de hora á la Alameda: eso sí, yo llegué lleno de sudor y de susto; más lo dí de barato así como el verme sin sombrero, roto de cabeza, hecho pedazos y muerto de hambre, al considerarme seguro de Chanfaina, á quien no tanto temía por su garrote, como por su pluma cavilosa; pues si me hubiera habido á las manos, seguramente me dá de palos, me urde una calumnia y me hace ir á sacar piedra mucar á San Juan de Ulúa.

Así es que yo hube de tener por bien, el mismo mal, ó elejé cuerdamente del mal el ménos; pero esto está muy bien para la hor

¿es posible que te vuelva á ver? ¿Qué es esto? ¿Qué traje, qué sangre es esa? ¿Cómo está tu madre? ¿Dónde vives?

A tantas preguntas yo no respondia palabra, sorprendido al ver á un hombre á quien no conocia, que me hablaba por mi nombre y con una confianza no esperada; mas él, advirtiendo la causa de mi turbacion, me dijo: ¿qué no me conoces? No señor, la verdad (le respondí), si no es para servirle. Pues yo si te conozco, y conocí á tus padres y les debí mil favores. Yo me llamo Agustin Rapa- mentas: afeité al difunto Sr. D. Manuel Sarmiento tu padrecito, muchos años, si, muchos, sobre que te conocí tamañito, hijo, tama- ñito: puedo decir que te ví nacer; y no pienses que no: te queria mucho y jugaba contigo mientras que tu señor padre salía á afei- tarse.

Pues Sr. D. Agustin, le dije, ahora voy recordando especies, y en efecto, es así como vd. lo dice. ¿Pues qué haces aquí, hijo, y en este estado? me preguntó.

¡Ay, señor! le respondí remedando el llanto de las viudas: mi suerte es la mas desgraciada: mi madre murió dos años hace: los acreedores de mi padre me echaron á la calle y embargaron cuanto habia en la casa; yo me he mantenido sirviendo á este y al otro; y hoy el amo que tenia, porque la cocinera hechó el caldo frio y yo lo llevé á la mesa, me tiró con él y con el plato me rompió la cabe- za, y no parando en esto su cólera, agarró el cuchillo y corrió tras de mi, que á no tomarle yo la delantera no le cuento á vd. mi des- gracia.

¡Mire que picardía! decia el cándido barbero; ¿y quién ese amo tan cruel y vengativo? ¿Quién ha de ser, señor, le dije: el maris- cal de Biron. ¿Cómo? ¿Qué estás hablando? dijo el rapador: no puede ser eso, si no hay tal nombre en el mundo. Será otro. ¡Ah! sí señor, es verdad, dije yo: me turbé; pero es el conde... el conde... el conde... ¡válgate Dios por memoria! el conde de... de... de

Saldaña. Peor está esa, decia D. Agustin: ¿qué te has vuelto loco? ¿Qué estás hablando, hijo? ¿No ves que estos títulos que dices son de comedia? Es verdad, señor: á mi se me ha olvidado el título de mi amo porque apenas hace dos dias que estaba en su casa; pero para el caso no importa no acordarse de su título, ó aplicarle uno de comedia, porque si lo vemos con seriedad, ¿qué título hay en el mundo que no sea de comedia? El mariscal de Biron, el conde de Saldaña, el baron de Trenk y otros mil, fueron título reales, de- sempeñaron su papel, murieron, y sus nombres quedaron para ser- vir de títulos de comedias. Lo mismo sucederá al conde del Cam- po Azul, al marqués de Casa Nueva, al duque de Ricabella, y á cuantos viven hoy con nosotros: mañana morirán y *laus Deo*, que- darán sus nombres y sus títulos para acordarnos solo algunos dias de que han existido entre los vivos, lo mismo que el Masiscal de Biron y el gran conde de Saldaña. Con que nada importa, segun esto, que yo me acuerde ó me olvide del título del amo que me gol- peó. De lo que no me olvidaré será de su maldita accion, que es- tas son las que se quedan en la memoria de los hombres ó para vi- tuperarlas y sentir las ó para ensalzarlas y aplaudidas, que no los títulos y dictados que mueren con el tiempo y se confunden con el polvo de los sepulcros.

Atónito me escuchaba el inocente barbero teniéndome por un sabio y un virtuoso. Tal era mi malicia á veces, y á veces mi ig- norancia. Yo mismo ahora no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender; porque unas ocasiones decia lo que sentia: otras obraba contra lo mismo que decia: unas veces me hacia un hipócrita, y otras hablaba por el convencimiento de mi conciencia; mas lo peor era, que cuan- do fingia virtud lo hacia con advertencia, y cuando hablaba enamo- rado de ella hacia mil propósitos interiores de enmendarme, pero no me determinaba á cumplirlos.

Esta vez me tocó hablar lo que tenia en mi corazon; pero no me aproveché de tales verdades; sin embargo, me surtió un buen efecto temporal, y fué que el barbero condolido de mí me llevó a su casa, y su familia, que se componia de una buena vieja llamada tia Casilda y del muchacho aprendiz, me recibió con el extremo mas dulce de hospitalidad.

Cené aquella noche mejor de lo que pensaba, y al dia siguiente me dijo el maestro: hijo, aunque ya eres grande para aprendiz (tendria yo diez y nueve ó veinte años: decia bien), si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados, á lo menos da que comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

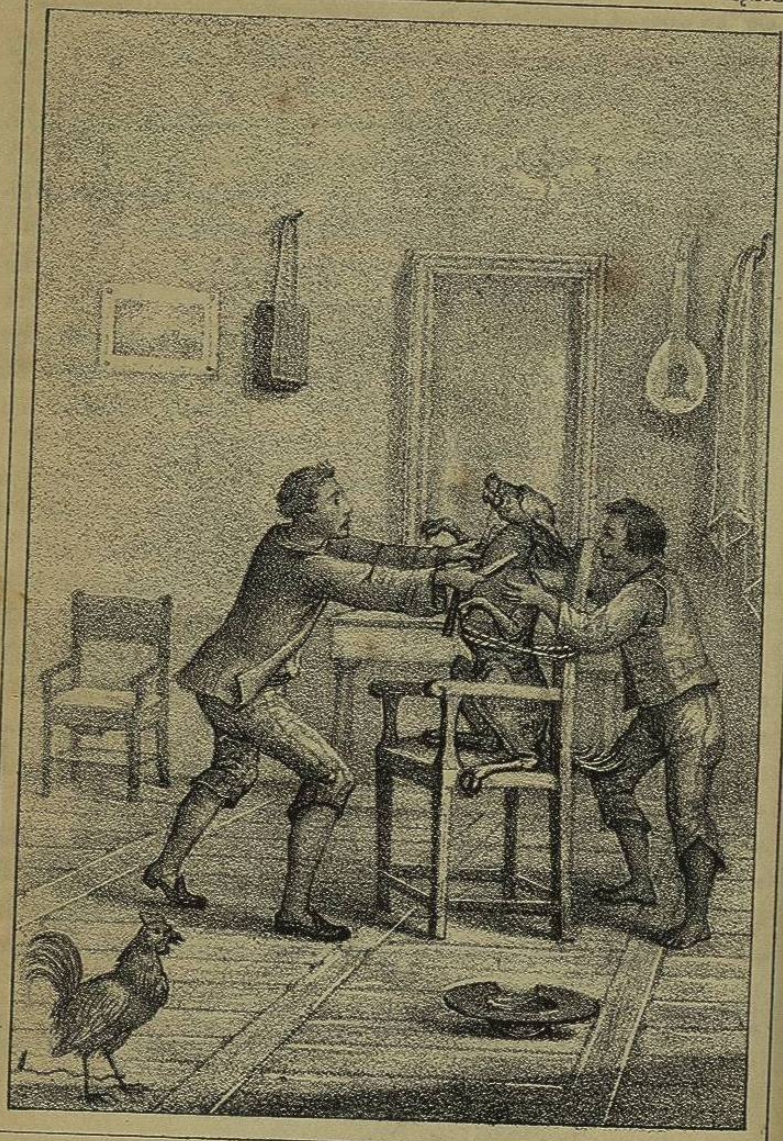
Yo le dije que si, porque por entonces me pareció conveniente; y segun esto, me comedia [1] à limpiar los paños, à tener la vacía y à hacer algo de lo que veía hacer al aprendiz.

Una ocasion que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, á cuya fagina me ayudó el aprendiz, y atándole los piés, las manos y el hocico, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas, y comencé la operacion de la rasura. El miserable perro ponía sus gemidos (2) en el cielo. ¡Tales eran las cuchilladas que solía llevar de cuando en cuando!

Por fin, se acabó la operacion y quedó el pobre animal retratable, y luego que se vió libre, salió para la calle como alma que se lleva los demonios, y yo engreido con esta primera prueba, me determiné hacer otra con un pobre indio que se fué á rasurar de á medio. Con mucho garbo le puse los paños: hice al aprendiz tra-

[1] Por *comedirse* y con mas frecuencia *acomedirse*, se entiende vulgarmente prestarse con voluntad y gusto á ayudar á otros en sus trabajos y quehaceres, ó desempeñar por ellos.—E.

(2) No podia ladrar y así solo gemia.



El miserable perro ponía sus gemidas en el cielo.

gera la vacia con el agua caliente: asenté las navajas y le dí una zurra de raspadas y tajos, que el infeliz no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: *amoquale quistiano, amoquale*: que fué como decirme en castellano: no me cuadra tu modo, señor, no me cuadra. Ello es que él dió el medio real y se fué tambien medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas, me atreví á sacarle un muela á una vieja que entró á la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera.

Hizo éste muy bien su oficio: abrió la cuitada vieja su desierta boca despues de haberme mostrado la muela que le dolía; tomé el descarnador y comencé á cortarla trozos de encia alegremente.

La miserable al verse tasajear tan seguido y con una porcelana de sangre delante, me decia: maestríto, por Dios, ¿hasta cuándo acaba vd. de descarnar? No tenga vd. cuidado señora, le decia yo: haga una poca de paciencia, ya le falta poco de la quijada.

En fin, asi que le corté tanta carne cuanto bastó para que almorzara el gato de casa, le afiancé el hueso con el respectivo instrumento y le dí un estiron tan fuerte y mal dado, que le quebré la muela lastimándole terriblemente la quijada.

¡Ay Jesus! exclamó la triste vieja, ya me arrancó vd. las quijadas, maestro del diablo. No hable vd señora, le dije, que se le metera el aire y le córromperá la mandíbula. ¡Qué *malíbula* ni qué demonios! decia la pobre..... ¡Ay, Jesus! ¡ay! ¡ay! ¡ay!.....

Ya está, señora, decia yo, abra vd. la boca, acabaremos de sacar el raigon, ¿no vé que es muela matriculada? Matriculado esté vd. en el infierno, *chambon*, indigno, condenado, decia la pobre.

Yo sin hacer caso de sus injurias, le decia, ande nanita, siéntese y abra la boca, acabaremos de sacar ese hueso maldito: vea vd. que un dolor quita muchos. Ande vd., aunque no me pague. Vayá vd. noramala, dijo la anciana, y sáquele otra muela ó cuantas tenga á la grandísima borracha que lo parió. No tienen la culpa estos raspadores cochinos, sino quien se pone en sus manos. Prosiguiendo en estos elogios se salió para la calle sin querer ni volver á ver el lugar del sacrificio.

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprenderme mi determinacion atolondrada; porque cada rato decia: ¡pobre señora! ¡que dolor tendria! y lo peor que si se lo dice al maestro ¡qué dirá? Diga lo que dijere, le respondí, yo lo hago por ayudarlo á buscar el pan; fuera de que así se aprende, haciendo pruebas y ensayándose. A la maestra le dije que habian sido monadas de la vieja: que tenia la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tiron, cosa que al mejor le sucede.

Con estos se dieron todos por satisfechos y yo seguí haciendo mis diabluras, las que me pagaban ó con dinero ó con desvergüenzas.

Cuatro meses y medio permanecí con D. Agustín, y fué mucho, segun lo variable de mi génio. Es verdad que en esta dilacion tuvo parte el miedo que tenia á Chanfaina, y el no encontrar mejor asilo, pues en aquella casa comia, bebia y era tratado con una estimacion respetuosa de parte del maestro. De suerte que yo ni hacia mandados ni cosa mas útil que estar cuidando la barberia y haciendo mis fechorías cada vez que tenia proporeion; porque yo era un aprendiz de honor, y tan consentido y obachon, que aunque sin camisa, no me faltaba quien me envidiara mi fortuna. Este era Andrés el aprendiz, quien un dia que estábamos, los dos conversando en espera de marchante que quisiera ensayarse á mártir, me dijo: señor, ¡quién fuera como vd!—¿Por qué, Andrés? le pre-

gunté. Porque ya vd. es hombre grande, dueño de su voluntad y no tiene quien lo mande; y no yo que tengo antes que me regañen, y no sé lo que es tener media en la bolsa.—Pero así que acabes de aprender el oficio, le dije, tendrás dinero y serás dueño de tu voluntad.

¡Qué verde está eso! decia Andrés: ya llevo aquí dos años de aprendiz y no sé nada. ¿Cómo nada, hombre? le pregunté muy admirado. Así nada, me contestó. Ahora que está vd. en casa he aprendido algo. ¿Y qué has aprendido? le pregunté. He aprendido, respondió el gran bellaco, à afeitar perros, dosollar indios y desquijjarar viejas, que no es poco. Dios se lo pague à vd. que me lo ha enseñado.—Pues y ¿qué tú maestro no te ha enseñado nada en dos años?—Qué me ha de enseñar, decia Andrés. Todo el dia se me va en hacer mandados aquí y en casa de Doña Tulita la hija de mi maestro; y allí *pior*, porque me hacen cargar el niño, lavar los pañales, ir á la pulquería, fregar toditos los trastes y aguantar cuantas calillas, y con esto ¿qué he de aprender del oficio? Apenas sé llevar la vacia y el escalfador cuando me lleva consigo mi amo, digo, mi maestro; me turbé. A fé que D. Plácido el hojalatero que vive junto á la casa de mi madre grande: ese si que es maestro de cajeta, porque afuera de que no es muy demasiado regañon, ni les pega á sus aprendices, los enseña con mucho cariño, y les dá sus medios muy buenos así que hacen alguna cosa en su lugar; pero eso de mandados ¡cuándo, ni por un pienso! Sobre que apenas los envía á traer medio de cigarros, *continás* manteca, ni chiles, ni pulque, ni carbon, ni nada como acá. Con esto *orita*, *orita* aprenden los muchachos el oficio.

Tú hablas mal, le dije, pero dices bien. No deben ser los maestros amos, sino enseñadores de los muchachos; ni estos deben ser criados ó *pilguarejos* de ellos, sino legítimos aprendices; aunque así por la enseñanza como por los alimentos que les dan, pueden

mandarlos y servirse de ellos en aquellas horas que estén fuera de la oficina, y en aquellas cosas proporcionadas á las fuerzas, educacion y principios de cada uno. Asi yo lo oia decir muchas veces á mi difunto padre; que en paz descanse.

Pero dime: ¿qué, estas aqui con escritura? Si señor, me respondió Andrés, y ya cuento dos años de aprendiz, y vamos corriendo para tres, y no se dá modo ni manera el maestro de enseñarme nada. Pues entonces, le dije, si la escritura es por cuantros años ¿cómo aprenderás en el último, si se pasa como se han pasado los tres que llevas? Eso mismo digo yo, decia Andrés. Me sucederá lo que le sucedió á mi hermano Policarpo con el maestro Marianito el sastre.—¿Pues qué le sucedió?—¿Qué? Que se llevó los tres años de aprendiz en hacer mandados como *ora yo*; y en el cuarto *isque* queria maestro enseñarle todo el oficio de á tiro, y mi hermano no lo podia aprender, y al maestro se lo llevaba el diablo de corage, y le echaba cuarta al *probe* de mi hermano á manta de Dios, hasta que el *probe* se aburría y se *juyó* y esta es la *ora* que no hemos vuelto á saber del: y tan bueno que era el *probe*, pero ¿cómo habia de salir sastre en un año, y eso haciendo mandados y con tantísimo día de fiesta, señor, como tiene el año? Y *asina* yo pienso que el maestro de acá tiene trazas de hacer lo mismo conmigo. (1)

¿Pero por qué no aprendiste tú á sastre? pregunté á Andrés, y

(1) En el día con gran dolor vemos lo poco usado de esta loable práctica de recibir aprendices con escritura; pero cuando estaba en uso se recibían los aprendices bajo las obligaciones y condiciones siguientes: el maestro se obligaba á enseñarle su oficio sin ocultarle nada, dentro de un tiempo determinado, que regularmente era cuatro años, pudiendo á este efecto castigarle con prudencia y moderacion sin herirlo ni lastimarlo gravemente: á darle alimentos, ropa limpia y cama, á que si no estuvo hábil en el dicho tiempo, pagar á otro maestro de la misma profesion ó arte por el trabajo de enseñarlo; y si esto no queria, á tener en su casa al aprendiz en clase de oficial pagándole salario de tal todos los días. El otorgante padre, pariente etc., del aprendiz, se obligaba á que éste habia de servir dicho tiempo no solo en lo concerniente al oficio, sino en lo que se le ofreciera á su maestro, siendo cosa decente y no impidiéndole el tiempo de aprender. Estas y otras condiciones igualmente justas, pueden verse en el Febrero, ilustrado por D. Marcos Gutierrez, part. 1, t. 2, cap. 26.

éste me dijo: ¡ay señor! ¿sastre? Se enferman del pulmon.—¿Y á hojalatero?—No señor; por no ver que se corta uno con la hoja de lata y se quema con los fierros.—¿Y á carpintero por qué no?—¡Ay! no: porque se lastima mucho el pecho.—¿Y á carroceró ó herrero?—No lo permita Dios, si parecen diablos cuando están junto á la fragua aporreando el fierro. Pues hijo de mi alma: Pedro Sarmiento: hermano de mi corazon, le dije á Andrés levantándome del asiento; tú eres mi hermano, tatita, si, tú eres mi hermano: somos mellizos ó *cuates*; dame un abrazo. Desde hoy te bebo amar y te amo mas que antes, porque miro en ti el retrato de mi modo de pensar: pero tan parecido que se equivoca con el prototipo, si ya no es que nos indentificamos tú y yo.

¿Porque son tantos abrazos, señor Pedrito? preguntaba Andrés muy azorado: ¿por qué me dice tantas cosas que yo no entiendo? Hermano Andrés, le respondí; porque tú piensas lo mismo que yo y eres tan flojo como el hijo de mi madre. A tí no te acomodan los oficios por las penalidades que traen anexas, ni te gusta servir porque regañan los amos; pero si te gusta comer, beber pasear y tener dinero con poco ó ningun trabajo. Pues, tatita (1), lo mismo pasa por mí: de modo que como dice el refrán, Dios los cria y ellos se juntan. Ya verás si tengo razon demasiada para quererte.

Eso es decir, repuso Andrés, que vd. es un flojo y yo tambien. Adivinaste, muchacho, le contesté, adivinaste. ¿Ves como en todo mereces que yo te quiera y te reconozca por mi hermano? Pues si solo por eso lo hace, dijo Andresillo, muchos hermanos debe vd. tener en el mundo; porque hay muchos flojos de nuestro mismo gusto; pero sepa vd. que á mi lo que me hace no es el oficio, sino dos cosas: la una que no me lo enseñan; y la otra, el génio que tie-

(1) *Tatita* diminutivo de *Tata*, que entre la gente vulgar se sustituye al nombre de *padre*, como el de *nana* al de *madre*: así como entre la gente decente se dice: *Papá, Mamá*.—E.

ne la maldita vieja de la maestra; que si eso no fuera, yo estuviera contento en la casa, porque el maestro no puede ser mejor.

Así es, dije yo. Es la vieja el mismo diablo, y su genio es enteramente opuesto al de D. Agustín; pues éste es prudente, liberal y atento; y la vieja condenada es majadera, regañona y mezquina como Judas. Ya se vé, ¿qué cosa buena ha de hacer con su cara de sábana encarrujada y su boca de chancleta (1).

Hemos de advertir que la casa era una accesoria con una altito de estas que llaman de taza y plato [2], y nosotros no habíamos atendido á que la dicha maestra nos escuchaba, como nos escuchó toda la conversacion, hasta que yo comencé á loarla en los términos que van referidos, é irritada justamente contra mí, cogió con todo silencio una olla de agua hirviendo que tenia en el brasero, y me la volcó á plomo en la cabeza diciéndome: pues maldito, mal agradecido, fuera de mi casa, que yo no quiero en ella arrimados que vengan á hablar de mí.

No sé si habló algo mas, porque quedé sordo y ciego del dolor y de la cólera. Andrés temiendo otro baño peor, y escarmentado en mi cabeza, huyó para la calle. Yo rabiando y todo pelado subí la escalerita de palo con ánimo de desmechar á la vieja, topara en lo que topara, y despues marcharme como Andrés; pero esta condenada era varonil y resuelta, y asi luego que me vió arriba, tomó el cuchillo del brasero y se fué sobre mí con el mayor denuedo, y hablando medias palabras de cólera, me decia: ¡ah grandísimo bellaco atrevido! ahora te enseñaré..... Yo no pude oír que me que-

(1) Esta voz es en castellano sinónima de *chinelá*; pero entre nosotros significa el zapato que por viejo ó de intento, tiene doblado para adentro el talón, con cuyo motivo hace un ruido desagradable al andar con él.—E.

(2) Esta locucion tuvo origen de que pidiéndose una poca de agua en el cuarto ó accesoria de la gente muy pobre, se daba en un jarro de barro comun; pero los siendo algo mas acomodadas vivian en estas accesorias con su altito, presentaban el agua en una taza poblana sobre un plato, porque el precio alto de los vasos de cristal en aquella época remota no estaban al alcance sino de los ricos y gente bien acomodada.

ria enseñar ni me quise quedar á aprender la leccion, sino que volví la grupa con tanta ligereza y fué con tal desgracia, que tropezando con un perrillo bajé la escalera más presto que la habia subido y del mas extraño modo, porque la bajé de cabeza magullándome las costillas.

La vieja estaba hecha un chile contra mí. No se compadeció ni se detuvo por mi desgracia; sino que bajó tras de mí como un rayo con el cuchillo en la mano y tan determinada, que hasta ahora pienso que si me hubiera cogido, me mata sin duda alguna; pero quiso Dios darme valor para correr, y en cuatro brincos me puse cuatro cuadras lejos de su furor. Porque eso si tenia yo, á las en los piés cuando me amenazaba algun peligro, y me daban lugar para la fuga.

En lo intempestivo se pareció esta mi salida á la de la casa de Chanfaina; pero en lo demas fué peor, porque de aquí salí á la carrera, sin sombrero, bañado y chamuscado.

Así me hallé como á las once de la mañana por el paseo que llaman de Tlaxpana. Estúbeme en el sol esperando se me secara mi pobre ropa, que cada dia iba de mal en peor, como que no tenia relevó.

A las tres de la tarde ya estaba enteramente seca, enjuta, y yo mal acondicionado porque me aflijia el hambre con todas sus fuerzas: algunas ampozas se me habian levantado por la travesura de la vieja: los zapatos como que estaban tan maltratados con el tiempo que se tenian en mis piés por mero cumplimiento me abandonaron en la carrera, yo que ví la diabólica figura que hacia sin ellos á causa de que las medias descubrieron toda la suciedad y flecos de las soletas, me las quité, y no teniendo donde guardarlas las tire, quedándome descalzo de pié y pierna: y para colmo de mi desgracia me urgia demasiado el miedo al pensar en donde pasaría la noche, sin atreverme á decidir entre si me quedaria en el campo